

Las paradojas del euroescepticismo, parte ineludible del proyecto europeo

The Paradoxes of Euro-scepticism, Inextricable from the European Project

Stéphan Sberro

Instituto Tecnológico Autónomo de México
ssberro@itam.mx



Resumen:

El *brexít* es la última manifestación de una ola de euroescepticismo que parece sumergir y hundir el proyecto europeo de manera imparable. Después de reconocer la gravedad del problema para la UE, en este artículo se explica por qué este fenómeno es estructural e inevitable, como parte ineludible del mecanismo de integración. Por último se argumenta que, paradójicamente, el éxito de la integración conlleva automáticamente al progreso del euroescepticismo. Es por ende probable, aunque no del todo seguro, que el euroescepticismo no impida que la UE se consolide como un creciente polo de poder en las relaciones internacionales.



Abstract:

Brexit is the latest manifestation of a wave of Euroscepticism that seems to submerge and sink the European project in an unstoppable way. After recognizing the seriousness of the problem for the EU; we will explain how this phenomenon is structural and inevitable because it is an inescapable part of the integration mechanism. Finally, we will go so far as to argue that, paradoxically, the success of integration automatically leads to the progress of Euroscepticism. It is therefore likely, although not certain of course, that Euroscepticism will not prevent the consolidation of the EU as a pole of power in International Relations.



Palabras clave:

Unión Europea, integración, euroescepticismo, *brexít*, Europa Central, Europa Oriental.



Key Words:

European Union, integration, euroscepticism, *brexít*, Central Europe, Eastern Europe.

Las paradojas del euroescepticismo, parte ineludible del proyecto europeo

Stéphan Sberro

En junio de 2016, la decisión de Reino Unido de salir de la Unión Europea (UE) fue vivida como un trauma por los partidarios del proyecto de la construcción europea. Si bien representó un terremoto político, la decisión de la mayoría de los británicos no es más que la manifestación extrema de una tendencia que va en aumento desde el principio del siglo XXI en todo el continente. Esa decisión sacudió los fundamentos mismos de un proyecto que se veía no solamente como ejemplar, sino también como algo irreversible. Para los más pesimistas, el llamado *euroescepticismo* es visto como un peligro mortal para la UE, la cual, a mediano plazo, estaría llamada a desaparecer.

El objeto de este artículo es argumentar que el euroescepticismo no es un peligro, amenaza que acaba de aparecer y que podría, tarde o temprano, acabar con la UE, sino un aspecto inherente al mismo modelo de integración europea. Desde el principio, el euroescepticismo ha sido la otra cara de la moneda europea. A medida que la integración ha aumentado de una manera aparentemente imparable, también lo ha hecho la oposición a esta integración. En otras palabras, el euroescepticismo puede ser visto como una señal de éxito de la integración europea. Seguirá aumentando. Se trata de una relación dialéctica en pro y en contra de la integración que ni siquiera el *brexit* rompe del todo, pues habrá que ver cuál será la relación entre Reino Unido y los otros países europeos, ya que podría quedar atado de múltiples formas a la UE al igual que Noruega y Suiza, que en casi todos los ámbitos son, en realidad, miembros de la UE.

Después de describir cómo apareció y creció el euroescepticismo hasta parecer imparable en una primera parte, se explicará en las dos siguientes cómo constituye en realidad un elemento ineludible del mismo proceso de integración europea, e incluso un indicador de su avance.

El avance del euroescepticismo

Minimizar la hostilidad hacia la UE, esperando que se trate de una reacción natural y pasajera en el contexto de la crisis polifacética que atraviesa el continente, es tentador, pero insuficiente. Ciertamente, el contexto no facilita las cosas. La crisis financiera que empezó en Estados Unidos en 2008 se transformó en una crisis del euro. Si la crisis económica no fuese suficiente, el flujo de refugiados provenientes de África y Medio Oriente hizo que volvieran a brotar discursos racistas en una nueva versión antimusulmana, azuzada por el terrorismo yihadista. La conjunción de estas crisis provocó el auge de populismos euroescépticos que hacen que el discurso político europeo regrese a temas de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra Fría: nacionalismo, antiliberalismo y anticomunismo. Incluso reaparecen viejos demonios que se creían extintos en el continente: el antisemitismo y el irredentismo (con las reivindicaciones de partidos en el gobierno húngaro o austriaco sobre las minorías magiar y alemana en Rumania e Italia).

Aun antes de la crisis que empezó en 2008, el aumento de la oposición de los Estados Miembros a una mayor integración y el descontento de sus ciudadanos son los rasgos más visibles en Europa desde principios del siglo XXI. Además, estas tendencias no parecen menguar con el fin de la crisis. Peor aún, el euroescepticismo parece manifestarse con más fuerza en países que salieron ilesos o incluso resultaron más beneficiados de la tempestad financiera, como Alemania, Austria, Hungría, los Países Bajos o Polonia, mientras que en algunos de los más afectados, como España o Irlanda, este movimiento ha progresado con mayor lentitud.

No se documentarán aquí todas las muestras de esa tendencia en los 28 Estados Miembros, de Finlandia a Grecia, pasando por los seis países fundadores del proyecto, en los cuales emergen y se refuerzan partidos que nada le tienen que envidiar al Partido de la Independencia de Reino

Unido (UKIP, por sus siglas en inglés) por su abierta oposición a Europa, que finalmente logró su cometido: la salida de Reino Unido de la UE.¹ En cada país, el euroescepticismo sigue pautas particulares que varían en razón de su historia, situación económica, sistema institucional y partidista. Pero en todos, los partidos que se manifiestan en contra de la integración europea parecen tener el viento a su favor. Los partidos otrora dominantes se ven obligados a cambiar, no solamente sus narrativas y programas, sino también los términos del debate sobre la integración europea, poniéndola finalmente también en tela de juicio. Eso provoca que las mismas instituciones europeas, en particular la Comisión Europea, se muestren más cautelosas a la hora de hacer que el proyecto europeo avance.

La UE ya no es vista como ese éxito impresionante que ha garantizado la paz en Europa ni tampoco como ese ente que ha logrado la garantía de niveles de prosperidad y justicia social sin precedente en el continente. Al contrario, se le percibe hoy, con o sin razón, como un lastre para el desarrollo económico y para la protección de los más débiles, los perdedores de la globalización, de la cual la europeización es la manifestación más inmediata y eficaz. Se considera que la paz entre países europeos está garantizada, mientras que la UE ofrece pocas garantías frente a los apetitos rusos o los embates medioorientales.

El *brexit* pareció un golpe inesperado y que consagraba la victoria de las fuerzas opuestas a la UE. No es ni lo uno ni lo otro. De manera retrospectiva, el *brexit* no puede considerarse como inesperado. La opinión pública, sobre todo los políticos británicos, tanto conservadores como laboristas, han demostrado una constante renuencia al proyecto de integración política que constituye el ADN de la UE y la distingue fundamentalmente de todos los otros intentos de integración regional en el mundo. La victoria del UKIP en las elecciones al Parlamento Europeo en 2014 constituía también una seria y evidente advertencia sobre el estado de ánimo de la población británica acerca de la UE. Yo añadiría que muestra la desafección de una buena parte del electorado a los partidos políticos tradicionales de centro.

¹ Véase el artículo de Mark Aspinwall en este número de la *Revista Mexicana de Política Exterior*.

En los primeros años, las tensiones entre la integración y los intereses nacionales siempre se habían resuelto a favor de la primera. Los referendos de adhesión, incluido el de Reino Unido en 1975, habían arrojado una mayoría aplastante a favor de la membresía. Los ciudadanos de Noruega y más aún los de Suiza fueron congruentes en su euroescepticismo, al rechazar la adhesión en sus respectivos referendos. El proceso de adopción del Tratado de Maastricht que instituía la UE en 1992 fue el fin de la aprobación tácita, indiferente y casi ciega de una mayor integración de los ciudadanos europeos, el llamado *consenso permisivo*, con un primer rechazo de la población danesa. A partir de ese momento, el apoyo a la UE se volvió más vacilante hasta parecer desvanecerse poco a poco. Si bien es cierto que los irlandeses o daneses se negaron a aprobar una mayor integración en un primer momento, siempre cambiaron de opinión después de una segunda consulta sobre el mismo tema (los referendos daneses de 1992 y 1993 sobre el Tratado de Maastricht y el referéndum irlandés de 2008, contradicho por otro en 2009). En Francia, el referéndum para ratificar el Tratado de Maastricht también obtuvo una mayoría exigua (51%). En 2000, los ciudadanos daneses rechazaron el ingreso a la Unión Económica y Monetaria (UEM) que hubiera supuesto la adopción del euro. En 2003, los votantes suecos también manifestaron su oposición al ingreso al euro. Pero la verdadera señal de alerta se dio en 2005 cuando dos de los seis países fundadores del proyecto europeo, Francia y Países Bajos, rechazaron de forma clara la idea de una constitución europea. A partir de este momento, la UE entró en un ciclo de reticencias siempre más fuertes y más claramente expresadas en contra del proyecto europeo por parte de los electorados nacionales.

El discurso euroescéptico de repliegue nacional casi étnico se contraponen directamente a las ideas que inspiraron la creación de la UE. Desde 1950, la UE se nutre de ideales generosos y alentadores, como la reconciliación de pueblos en guerra perpetua, reemplazando ésta por la solidaridad. No se trataba entonces de declaraciones vacías o de principios abstractos, pues dieron pie a un andamiaje institucional complejo y a la implementación de políticas comunes que, en algunos casos, hacen de la UE una casi federación como, por ejemplo, su política agrícola común, su política común para la competencia y, de forma más visible, su unión

monetaria. Todo este andamiaje ha sido puesto en tela de juicio por los euroescépticos.

Si bien el euroescepticismo no es solamente real, sino que va en aumento, no representa un peligro mortal para la UE, al contrario, en mi opinión, se trata de una parte fundamental de la dialéctica y del proceso que preside a la integración europea. En los apartados siguientes se explicarán, primero, cómo el euroescepticismo es un elemento imprescindible e inevitable del debate político sobre la integración europea y, segundo, cómo el progreso del euroescepticismo es, paradójicamente, consecuencia directa del progreso de la integración.

El euroescepticismo como parte del proceso de integración europea

Para entender cómo el euroescepticismo no es un accidente, sino parte de la lógica integracionista europea, hay que tomar distancia histórica. El proyecto político expresado por la declaración Schuman de 1950 y el Tratado de Roma de 1957 encuentra su origen no sólo en la reconstrucción económica y moral, imprescindible después de la Segunda Guerra Mundial, sino en sus raíces milenarias.

La historia de la UE marca un regreso al modelo del Imperio romano que la fundó desde el punto de vista político.² Este imperio supo juntar comunidades pequeñas en aras de ofrecerles más bienes públicos (paz, seguridad, comercio, conocimiento, entre otros), gracias a las economías de escala que la unión de comunidades podía brindar. A cambio, las comunidades renunciaban a parte de su independencia y aceptaban contribuir a la consolidación del imperio, lo que por supuesto no iba sin constantes problemas de imposición imperial frente a revueltas “romanoescépticas”. Ésa es la lógica exacta que subyace en la declaración Schuman.

² Esta idea se inspira en Gary Marks, “Europe and Its Empires: From Rome to the European Union”, en *Journal of Common Market Studies*, enero de 2012, vol. 50, núm. 1, pp. 1-20.

Esta puesta en perspectiva permite entender cómo la vida europea, en sus ámbitos políticos, económicos, institucionales y jurídicos, está determinada por la tensión permanente entre el interés imperial/federalista —en el lenguaje de hoy se diría el interés “comunitario”, es decir, el de la UE, otrora Comunidad Europea, y el interés de sus partes, los Estados Miembros—. Estas tensiones derivan a menudo en crisis, pero estas crisis son inherentes al proceso mismo de integración europea; superarlas permite consolidar el proceso de integración, es decir, el imperio. En realidad, esta consolidación depende de las crisis que hacen inevitable encontrar una solución que en el largo plazo vaya en el sentido de una mayor integración. Este fenómeno se puede comparar con un engranaje que hace automática e inevitable una mayor integración. Ese mecanismo que explica la integración europea ha sido teorizado por el neofuncionalismo desde los años sesenta con el nombre de *spillover* o derrame. En suma, dentro de la UE existe una oposición constante entre los intereses nacionales, defendidos de forma más tajante por los euroescépticos, y el interés común. Las instituciones y el derecho europeos permiten superar estas tensiones inherentes a una comunidad, a un imperio multinacional.

La UE tiene sus raíces en el Imperio romano, pero también tiene, por supuesto, grandes contrastes con éste. A diferencia del Imperio romano, la UE no busca eliminar las diferencias culturales e históricas y fusionar a todos los pueblos europeos en uno solo. Asimismo, hasta ahora, la UE no ha buscado contar con poderío militar, uno de los atributos más evidentes de un imperio. No se construye sobre la fuerza, sino sobre un “tabú contra la fuerza”. No existe un *demos*, un pueblo europeo que justificaría los sacrificios necesarios para cualquier iniciativa que vaya más allá de la economía en su sentido más estricto.

La crisis del euro y la ola euroescéptica que provocó ofrecen excelentes ejemplos de tensiones debidas a la falta de identidad común. Los alemanes no están preparados para asumir los sacrificios necesarios para rescatar a Grecia, hundida en su propia crisis de deuda soberana. La mera lógica económica hubiera sido condonar la deuda griega, pues esto salía más barato que los sucesivos paquetes de rescate multimillonarios. A estos costos se debe agregar los humanos y económicos para la población griega, que acompañan a estos rescates. Los partidos euroescépticos, en Alemania, Países Bajos y Finlandia, que se montaron en la resistencia natural de las opi-

niones públicas a pagar las deudas de otros, no permitieron que se aplicara esta simple lógica económica. Los contribuyentes alemanes o finlandeses no sienten la solidaridad natural para rescatar a los ciudadanos griegos o españoles; piensan que los mediterráneos tienen que asumir, solos, los errores y malhechos de sus dirigentes, y de los bancos que les prestaron a tasas de interés bajas, como si fueran alemanes. La crisis de la deuda soberana alimentó un crecimiento del euroescepticismo en toda Europa. Obligó, sin embargo, a idear nuevos modos de gestión de la moneda común, a crear una unión bancaria, a pensar el proyecto de un fondo monetario europeo y, finalmente, a dar inicio al debate sobre una política común de tributación permitiendo un mayor presupuesto común.

De esa manera, la crisis del euro reforzó a la UE, pero si los europeos no estaban preparados para asumir sacrificios económicos, ni qué decir de sacrificios militares. Los europeos se niegan a asumir en común el coste económico y humano de su propia potencia militar, defensiva u ofensiva, y, por ende, tienen que seguir inventando un imperio de un nuevo tipo. Por su lógica de interdependencia, y por su incapacidad de imponer una coerción interna o externa, la UE tiene que superar las resistencias, es decir, legitimarse por la vía de la estabilidad política y económica. De no conseguirlo, aumentará el euroescepticismo, al menos en el corto plazo. La falta de identidad común acompañada de dificultades económicas constituyen las bases del euroescepticismo.

El euroescepticismo como muestra del éxito del proceso integracionista

Se podría ir aún más lejos. El euroescepticismo no solamente es inherente al proyecto europeo, sino que su existencia y aumento son una condición y una demostración del éxito de esta integración. Se trata de una paradoja dual que describe el teórico de la integración europea Philippe Schmitter.³ Él explica que, en la realidad, las esperanzas del neofuncionalismo

³ Philippe C. Schmitter, "Ernst B. Haas and the Legacy of Neo-functionalism", en *Journal of European Public Policy*, vol. 12, núm. 2, abril de 2005, pp. 255-272.

descritas antes no se cumplieron y, a partir del momento en que se obtuvieron éxitos decisivos, se erigieron fuertes resistencias que impidieron que el proceso de integración fuese lineal y automático, como lo habían vaticinado los teóricos del neofuncionalismo. El *brexit* o la reinstauración, al menos momentánea, de control en las fronteras de los Países Miembros del espacio Schengen demuestran que no es siempre irreversible en todos sus aspectos. Las ventajas económicas que debían de constituir un incentivo para hacer irreversible una mayor integración no fueron suficientes para callar las resistencias euroescépticas. El fin de la “edad de oro” de una integración europea indiscutible e indiscutida por los ciudadanos europeos llegó rápidamente. La integración institucional se interrumpió después de la firma del Tratado de Roma en 1957 y se congeló definitivamente a principios de los años setenta bajo el efecto conjugado de las adhesiones de Reino Unido y Dinamarca y de la crisis petrolera. A partir de este momento, la aprobación sin discusión de una integración “siempre más estrecha” entre los Estados Miembros cesó. El consenso permisivo, que había dejado a los políticos y eurócratas tomar decisiones prescindiendo del escrutinio público, desapareció para siempre, con una breve interrupción entre 1985 y 1991, antes de desaparecer de nuevo con el *no* danés al Tratado de Maastricht.

El fin de este consenso permisivo de los ciudadanos lo explica la “paradoja dual” de Schmitter. El proceso integracionista empezó en sectores concretos no polémicos que no implicaban una pérdida visible de soberanía y, por lo tanto, no afectaba a la comunidad. En estos sectores (unión aduanera, política agrícola común, por ejemplo), las ganancias de las economías de escala eran inmediatas y evidentes; sin embargo, a medida que el proyecto progresaba, la integración se debía realizar en sectores más estratégicos, visibles, simbólicos y, por ende, ya no era tan inocua para la preservación de la identidad nacional, o al menos así lo perciben los euroescépticos. La integración, una vez que progresa, pasa a ser siempre menos técnica y más política. Esta politización conlleva natural y sanamente a un debate entre, por un lado, los partidarios de una mayor integración no obstante los costos en términos de soberanía e identidad y, por el otro, los opositores a esta mayor integración, pues no se benefician lo suficiente de las economías de escala como para renunciar a partes de su identidad. Y, cabe señalar, todavía no se ha entrado en el verdadero debate de fondo sobre el modelo económico y social que

debe prevalecer en Europa, un debate que sólo se da al interior de cada uno de los Estados Miembros.

El politólogo Pierre Haroche⁴ detecta otro tipo de paradoja que explica el fin del consenso permisivo y la crisis de legitimidad de la UE a los ojos de sus ciudadanos. Explica que coinciden en ella dos regímenes políticos caracterizados por dos tipos de negociación. Por una parte, existe una negociación opaca basada en la búsqueda de concesiones y, por otra, una competencia abierta que supone enfrentamientos visibles ante las opiniones públicas. La multiplicación de los referendos y los debates en el Parlamento Europeo reforzaron esta lógica, eficaz, pero de manejo complejo, de disputa y a menudo oposición al proyecto europeo.

El Parlamento Europeo ofrece precisamente una clara ilustración de esta paradoja aparente. Con cada nuevo tratado europeo, el Parlamento ha adquirido más poder. Pasó de ser una caja de registro que endosaba decisiones tomadas por los Estados Miembros, a ser la única institución de elección directa de la UE, cuyo acuerdo era imprescindible para la toma de decisiones. Sin embargo, esta importancia siempre mayor coincide con una creciente indiferencia de los ciudadanos hacia su actividad legislativa. Así, en las últimas elecciones al Parlamento Europeo, la participación ciudadana fue solamente de 43%. Si bien es cierto que los ciudadanos no entienden bien la importancia del Parlamento, en 1979, en la primera elección de sufragio universal directo, la participación fue de 63%, esto en una época donde había aún más desconocimiento sobre Europa, además de que el Parlamento gozaba de muchas menos atribuciones. Desde entonces, la participación ciudadana ha bajado continuamente a medida que la importancia del Parlamento, reflejo del reforzamiento de las instituciones comunes, ha aumentado. Peor aún, en las elecciones parlamentarias de 2014, los partidos abiertamente euroescépticos, que pregonaban una salida de la UE, representaron 20% de los votos. Este tipo de partidos llegaron a alcanzar el primer lugar en tres Estados Miembros importantes: Dinamarca (con el Partido del Progreso),

⁴ Pierre Haroche, *L'Union Européenne au milieu du gué. Entre compromis internationaux et quête de démocratie*, París, Economica (Etudes Politiques), 2009.

Francia (con el Frente Nacional)⁵ y, aún más emblemático, el caso de Reino Unido con el UKIP que, dos años más tarde, logró imponer el referéndum fatídico que acabará con la participación británica en la UE. En Italia el partido euroescéptico “Movimiento Cinco Estrellas” llegó en segundo lugar, pero con un porcentaje de votos comparable al de los dos casos anteriores. A eso cabría agregar los buenos resultados de partidos que no pregonan abiertamente la salida de la UE, pero adoptan una actitud decididamente hostil a una mayor integración, como en Hungría y Polonia. En Países Bajos, un partido euroescéptico ocupa el segundo lugar en el Parlamento Europeo.

Los progresos de la Alternativa para Alemania (AfD, por sus siglas en alemán), un partido populista que nació en su oposición al euro en las elecciones alemanas del otoño de 2017, son otra señal, más ominosa, de los progresos del euroescepticismo. Así, a medida que la UE logra profundizar y democratizar el proceso común de toma de decisiones y, a medida que acepta a un número mayor de Países Miembros, crece también la oposición al proceso.

Conclusión. ¿Es el euroescepticismo imparable?

Las elecciones al Parlamento Europeo en 2014, el *brexit* en 2016 y los progresos electorales de políticos abiertamente opuestos al modelo actual de la UE hacen pensar que el euroescepticismo es un movimiento imparable. Por otro lado, las crisis económica y migratoria dañaron la percepción positiva de la UE como vía para asegurar la prosperidad y la seguridad del continente gracias a las economías de escala. En estos dos ámbitos, en efecto, las decisiones se toman a nivel de las instituciones comunes. Las tasas de interés de Grecia o las cuotas de refugiados húngaras se proponen por el Banco Central y la Comisión Europea,

⁵ Véase Stéphan Joseph Sberro Picard y Christina Wagner Faegri, “From *Europe* to *Nation* and Back? Will Radical Right Wing Parties End Up Participating in the Integration Project? The French and Danish Cases”, en Pedro Manuel Rodríguez Suárez (ed. y coord.), *La Unión Europea: Estados Miembros, Rusia, Ucrania y temas prioritarios de la Nueva Europa del Este. Volumen II*, Salamanca, Levar Anclas (Con i Latina), 2017, pp. 141-161.

respectivamente. Las instituciones europeas ya no pueden simplemente culpar a los gobiernos nacionales de desviar la hostilidad de sus votantes hacia ellas con el fin de no asumir el costo político de decisiones difíciles, por al menos tres razones. La primera, parece que, de manera contraria al argumento generalmente aceptado, los gobiernos recurren poco a este artífice.⁶ La segunda, las instituciones van adquiriendo un verdadero poder de decisión en ámbitos estratégicos como el gasto público, el medioambiente y los controles fronterizos. La tercera, parece que, a pesar de la complejidad del tejido de pesos y contrapesos entre instituciones locales, nacionales y europeas, a la hora de tomar decisiones, los ciudadanos europeos tienen una percepción cada vez más certera de a quién debe culparse de las consecuencias.⁷

Sin embargo, el euroescepticismo no debe considerarse completamente negativo ni constituye un peligro mortal: al contrario, estimula un sano debate, necesario en las democracias. En este trabajo se ha intentado explicar que se debe aceptar como una parte constituyente e, incluso, imprescindible de la dialéctica de integración europea. Es constituyente, porque el proyecto político europeo está en tensiones permanentes, intentando conciliar paradojas que se explican por la tensión permanente entre intereses nacionales e intereses europeos. El euroescepticismo es, también, resultado de esas tensiones que permiten resolver los problemas reales de eficacia del proceso de toma de decisiones, de transparencia, de responsabilidad política o incluso de corrupción e impunidad.

La esencia del modelo europeo es funcionar a base de crisis; entre más profunda la crisis, más claros son los progresos para superarla. Existe, por ende, una paradoja virtuosa: entre mayor integración, mayor la próxima crisis y, a su vez, más fuertes los instrumentos creados para responderla. La crisis del *brexit* constituye el extremo de la lógica euroescéptica, pero representa también su límite. No provocó una desbandada general de Países Miembros de la UE, al contrario, la reforzó, pues la naturaleza del eu-

⁶ Sara Hobolt y James Tilley *Blaming Europe? Responsibility without Accountability in the European Union*, Oxford, Oxford University Press, 2014, p. 116.

⁷ *Ibid.*, pp. 44 y 63.

roescéptico es tal, que sólo puede funcionar como parte constitutiva de la lógica integracionista.

Reino Unido se sorprendió a sí mismo. Quería imponer una visión distinta de Europa, pero en vez de eso se excluyó a sí mismo tajantemente del debate que a partir de ahora tendrá que observar desde afuera. La primera consecuencia inmediata y menos relevante es que con su victoria, los euroescépticos británicos perdieron su razón misma de ser. También, perdieron una parte importante de su financiamiento que provenía de los salarios que sus afiliados percibían del Parlamento Europeo, al cual se han negado a renunciar.

Una consecuencia —y otra paradoja—, con un calado más hondo, estriba en que el modelo que los británicos quisieron combatir desde un principio; a saber, este proceso de integración económica y política organizado a partir de un novedoso modelo imperial se va ir reforzando gracias a su decisión. En primer lugar, porque, concretamente, se esfuma uno de los principales objetores a los avances de este modelo. En segundo, porque los demás países, pudiendo observar en vivo los costos de una ruptura total con la UE, se mostrarán, de ahora en adelante, mucho más prudentes. Estos costos políticos y económicos son enormes, en particular para las franjas más euroescépticas de la población que queda aún más despretegida frente a los efectos de la globalización.

La victoria del *brexit* ha sido un golpe al campo euroescéptico. Sus efectos se hicieron sentir inmediatamente. Por ejemplo, tanto los gobiernos como las opiniones públicas en Dinamarca y Suecia dejaron claro que en ningún momento se trataba de poner en tela de juicio el modelo europeo al cual se habían adherido y menos de abandonar la UE. Al contrario, desde entonces, se esgrime en estos dos países la relevancia de acercarse al “núcleo duro” de los países integracionistas. En Francia, una de las razones del relativo fracaso electoral del Frente Nacional en 2017 fue su confusa propuesta de debatir la pertenencia al euro. La dirigente del partido, después de haber quedado en ridículo en el debate electoral, decidió dar marcha atrás, volviéndose más integracionista que la gran mayoría de los partidos euroescépticos o que todos los partidos políticos británicos.

Más interesante es la mayor cautela de los partidos euroescépticos en la casi totalidad de los países de Europa Central y Oriental, con la excepción de los países bálticos. Desde el *brexit*, no solamente los dirigentes

de esos países han dejado clara su firme voluntad de permanecer en la UE, sino que algunos han tomado pasos hacia una mayor integración. Los dirigentes de Eslovaquia, Robert Fico, Hungría, Viktor Orbán, o de la República Checa, Andrej Babis, más allá de sus renuencias ante el problema migratorio, reafirman su apego al proyecto en su conjunto. El gobierno polaco, por su parte, decidió rebajar su tono nacionalista, eligiendo como primer ministro a Mateusz Morawiecki, un banquero proeuropeo, cuya misión será limar las asperezas con las instituciones europeas. Aún más claro, el primer ministro euroescéptico de Bulgaria, Boiko Borissov, sigue solicitando, a nombre de su país, la adhesión al espacio Schengen y al euro.

Esto no significa por supuesto el fin del euroescépticismo, ni siquiera un golpe mortal, pues seguirá siendo la otra cara de los avances integracionistas que podrán darse en 2018 y en los años siguientes, después de la desaparición del escollo británico y la consolidación de nuevos gobiernos en Alemania, Francia, Italia y Países Bajos. Se pueden esperar más problemas y crisis en el futuro, en particular de Europa Central y Oriental, pues estos avances provocarán resistencias políticas y cuellos de botellas que a su vez reforzarán el euroescépticismo como la otra cara de la misma moneda, la del proyecto de construcción europea. La integración europea es por su esencia misma la causa del euroescépticismo. Más allá de los argumentos de los nacionalistas y populistas, también es su remedio más eficaz. Esta respuesta se seguirá construyendo sobre la marcha, en la edificación de un imperio de un nuevo tipo que no se apoya en la fuerza, sino en el suministro de bienes públicos que se consiguen mucho mejor en común.⁸ Es la estrategia de la Unión Europea para durar aún más tiempo que su antecesor romano sin estar obligada a buscar legitimidad en el sentimiento de pertenencia a una misma comunidad.

⁸ Tobias Theiler, "Does the European Union Need to Become a Community?", en *Journal of Common Market Studies*, vol. 50, núm. 5, septiembre de 2012, p. 784.